

nes geográficas del vasto imperio que rigiera el cetro del monarca español.

Que pensadores y héroes y caudillos de la gran epopeya de Independencia y Patria, jamás pensar—ni pensar podían semejante dislate—en restaurar de Moctezuma el debil ó del heróico Cuauhtemoc el solio derrumbado, sino en *crear* la Nación, que á celebrar se apresta en fecha próxima la primera centuria de su edad como pueblo.

♦♦♦

Así, pues, en la Paz nos abrazamos, en la voz de la estirpe nos unimos, del abolengo en la común identidad anímica nos sentimos hermanos... Y con la mente y corazón en alto, mirando al Porvenir que de las ramas múltiples de nuestro arbol frondoso reclama muy constante el esfuerzo viril para que de la gran familia la savia genial siga brindando al mundo flores y frutos de Idea, de Belleza y Sentimiento, mirando arriba, con gesto jubiloso, pensemos y creamos con el príncipe-vate—honra del reino tezcucano y clara gloria del indiano mundo—que

... del Eterno en los campos soberanos  
todo es gloria y amor, paz y consuelo.  
Y esos astros que tanto nos deslumbran,  
lámparas son que su palacio alumbran.



Como triste princesa bajo la umbría  
penumbra misteriosa de los jardines,  
vaga del horizonte por los confines  
la noche taciturna, la vírgen fría.  
Paseando su inmensa melancolía  
va, con la negra seda de sus chapines,  
hollando las estrellas—blancos jazmines  
que abandonó en las nubes el muerto día.

Francisco M. de Olaguíbel.

Cap. III

## CAPÍTULO TERCERO

DE LA INVOCACIÓN QUE HIZIMOS EN EL MAR, PIDIENDO  
AYUDA PARA NUESTRA TAREA



ARGÉNTEA, sutilísima hoz dejada por Apolo entre la flora centelleante de los vergeles siderales, la luna—así la fantasía nos lo finge—acompañanos, pensamos que obsequiosa, marcando el derrotero.

El buque, al fatigoso acompasado resoplido de sus potentes pulmones, avanza suavemente, diríais que contento y sin fatiga.

Avanza, sin que el agua ni los vientos su marcha dificulten.

Y gallardo, seguro de su fábrica, se desliza sobre las dormidas olas—pensáis que cuidadoso de no ofenderlas con el peso y con el roce de su mole...

Sigue avante en su ruta la nave blanca y nadadora, apenas si mecida ledamente por estas aguas—ahora

al navegante propicias y apacibles, aguas de lago—del mar de las borrascas: del mar que tiene pacto de enojos y asechanzas con Aquilón el pérfido, pontífice de Eolo en las regiones del Caribe, vicario aquí de las furias que allá en el mar de Venus agitan sus melenas medusinas—que ciñen diademas ignicentes de Lípari y Strómboli—sobre los nautas á los cuales vedar quieren el paso hacia los esplendentes dominios de la helena pompa.

....

La calma, tan impetrada de la suerte y los dioses por cuantos con pavora afrontan las sorpresas de Neptuno, es,—por su encanto mismo—grata rémora al ansia de reposo y antídoto al beleño de Morfeo.

Que al inefable gaudio de esta paz tan serena y tan augusta, ríndense en homenaje el sueño que anhelaran el cansancio de recientes fatigas, y el tedio de esta vida del mar, tan aburrida, y aun la misma labor que en estando en vigilia nos requiere con exigente apremio...

Y quedamos aquí, sobre cubierta—á solas con la mente repleta de intenciones que son santas, á solas con el alma henchida de entusiasmos, rebosante de fe—y á solas con el mar y con los cielos, pidiendo á la grandeza de los cielos y el mar un Númen que en la empresa nos acorra, un Genio que en la lid nos dé su enseña.



Horas atrás, al despedirse el día, del cóncavo velario de cobalto desprendióse, solemne, majestuoso aun en su agonía, dispuesto á celebrar sus vesperales eternas nupcias con las salobres olas—el Astro que, diríase un camafeo enorme labrado en prodigioso carbúnculo oriental, resbaló, lento, del uno al otro azul.

Bajando—soberano igual que al ascender—del trono de su reino fulgurante, repartió, generoso, entre el eter—pálido y triste en el mudo dolor de aquella despedida—y el piélago, tremante de rubores gozosos en la dicha ingente de aquel beso de fuego, repartiendo—decimos—entre el agua y la altura su magnífica gloria de luz y de colores:

Hacia arriba, un surtidor de púrpura á modo de rico varillaje de un abanico de tisú de oro que estría de topacio el opalino colosal nimbo—cuyo arco luce á manera de encaje rizadas cabelleras de querube y nacarinas carnes de quimeras. Y hacia abajo, torrentes y cascadas de múrice diluído en esmeralda, desgranando su pompa sobre el mar: campo argénteo de líquidos temblores suavísimos, quebrándose en espumas cuyas crestas fugaces, juguetonas, salpica el triturado polvillo zafirino de las aguas y las iridiscencias del estupendo rubí que finge el sol. . .

Ya sumergido el Astro, hácese más sensible el avance y dominio de las sombras.

Al principio vergonzantes y tímidas, las estrellas que primeras afrontan el peligro de lucir no advertidas cuando de tan reciente los elementos tienen el recuerdo de las galas diurnas, van dando poco á poco mayor intensidad á sus fulgores á medida que otras luminarias celestes osan con ellas compartir aquel riesgo de no ser admiradas.

Y, ya señoras de la región de velos cenicientos, con guiños de diamante parpadean su saludo á la luna—plateada sutilísima falce, que, tal vez por olvido, dejó Apolo entre la flora cintilante de la rica pradera sideral...

♦♦♦

Nautas apuestos, de alba vestimenta irreprochable; hombres de dura brega en menesteres manuales rudos, con las caras tiznadas en los hornos, y los músculos de bronce que doraron fuego y sol, y las ropas empapadas en el sudor del trabajo y en la grasa del reluciente atalaje de este hipogrifo marino; mozuelos que hemos visto muy serenos trepar por el cordaje y correr confiados por las bordas y suspenderse de sutil maroma sobre el abismo que de amenazas salpica su osadía, ó bien vimos y vemos adiestrarse en el manejo peligroso de fusiles, cañones y machetes. . . Uniformes blancos, marinescas gorras, blusas azules, carnes pavonadas con pátina de hulla y que agrietó el salitroso aire de la mar y el vaho plutoniano del pañol de calderas...

♦♦♦

Toda esta sociedad entre la cual y con la cual vivimos, ha paseado su fatiga, y explayado su reposo, y atendido á sus faenas y sonreído gozosa á la brisa y á la calma de la noche, sobre la limpia cubierta, hasta que uno de los rudos mas simpáticos imberbes—de gorrilla marinesca, pies descalzos, azul veste muy holgada y en el rostro juvenil esa expresión distintiva de los años venturosos: expresión que aquí no borra, ni con ella mal se aviene, la apostura seria y grave de una digna disciplina—arrancó á su clarín las notas largas, lentas, sostenidas, que recorrieron la nave transmitiendo aquel mandato:

Toque largo y sostenido, toque lento—de *silencio*—que sonó allí, en el misterio de la hora y en la augusta majestad de aquella paz de los cielos y las aguas, sobre el buque-fortaleza cuya mole va amparada por la enseña tricolor. . . . Por el pendón prestigioso que en su faja blanca ostenta—como símbolo de un Pueblo y de una Patria—el águila, sosteniéndose arrogante en su gallarda apostura de señora de los aires, sobre el nopal distintivo de las tierras del Anáhuac.

Sonó el toque de *silencio* con el acento solemne, lento y grave, de algo que impone y se acata por virtud más imperiosa que la fuerza imperativa de ordenanza ó reglamento: por virtud no definida y sí existente en el recóndito seno de los hechos, de las cosas y los casos.

Claquearon, sobre las blancas maderas que pavimentan la tolda, algunos pies trotadores en carrera jubilosa: golpeteo que en seguida suena á metálico opaco, cuando, á poco, se produce sobre herradas pasarelas, al promedio de la nave, allá hacia el puente...

....

Sombras blancuzcas, fugaces, se borraron tras de los ocrosos tubos de ventilas y fumeros. . . Sombras que pronto tragarón las angostas escotillas y las breves escaleras. . .

....

Dos, tres, cuatro luces pálidas han danzado misteriosas en la lejanía próxima, entre lanchas, chimeneas, tras los palos y al través de la aérea red que forma el embreado cordaje. . .

....

Y aun persistía vibrando la última nota solemne, grave y lenta, quejumbrosa, del clarín, y el silencio de los hombres hizo mayor el silencio con que la hora y la calma envolvían en el manto de la paz nuestro viaje.

Dijérase que allí, á bordo, sólo alentaba la vida impulsora de la nave:

Energía del vapor aprisionado y de esa chispa diabólica—dominada por el hombre pero todavía ignota en su *porqué*—imprimiendo actividad al mecanismo complicado, prodigioso, del mónstruo cuyos múscu-

los de acero—y de cobre las arterias y las venas y los nervios—generan y multiplican y transmiten la energía de aquel sistema vital que del pañol de calderas y motores y dinamos, rige las potentes hélices—al igual que da la esencia de su vida á las frágiles bombillas cuya rúbrica sutil, incandescente, es ornato en camarotes y salones y es aviso muy prudente en las farolas de las bandas y los mástiles...

♦♦♦

De este centenar de hombres—marineros y soldados—ya los más se han entregado en los brazos del descanso que harto ha ganado y requiere su fatiga.

♦♦♦

Quienes velan, no producen ni una voz ni un cuchicheo.

♦♦♦

Con andar acompasado—es un péndulo viviente, que describe un amplio arco su silueta vagarosa en la calma del silencio y la penumbra—pasa y repasa, en ir y venir medido, matemático, uniforme, por la faja luminosa, allá en el puente, el fantasma blanquecino del oficial vigilante, en el que—en sus repetidas y breves apariciones que regula la costumbre—adivinais ambos brazos que se cruzan á la espalda, y la mirada explorando en la negrura, ora al frente, ora á popa, por el lado de babor, por la banda de estribor...

♦♦♦

Tan sólo, de rato en rato, da la hora una campana de sonido atenorado, que contesta, repitiendo sus tañidos, otra campana que diríais es más jóven, más alegre—femenina—por su acento más vibrante y más intenso...

♦♦♦

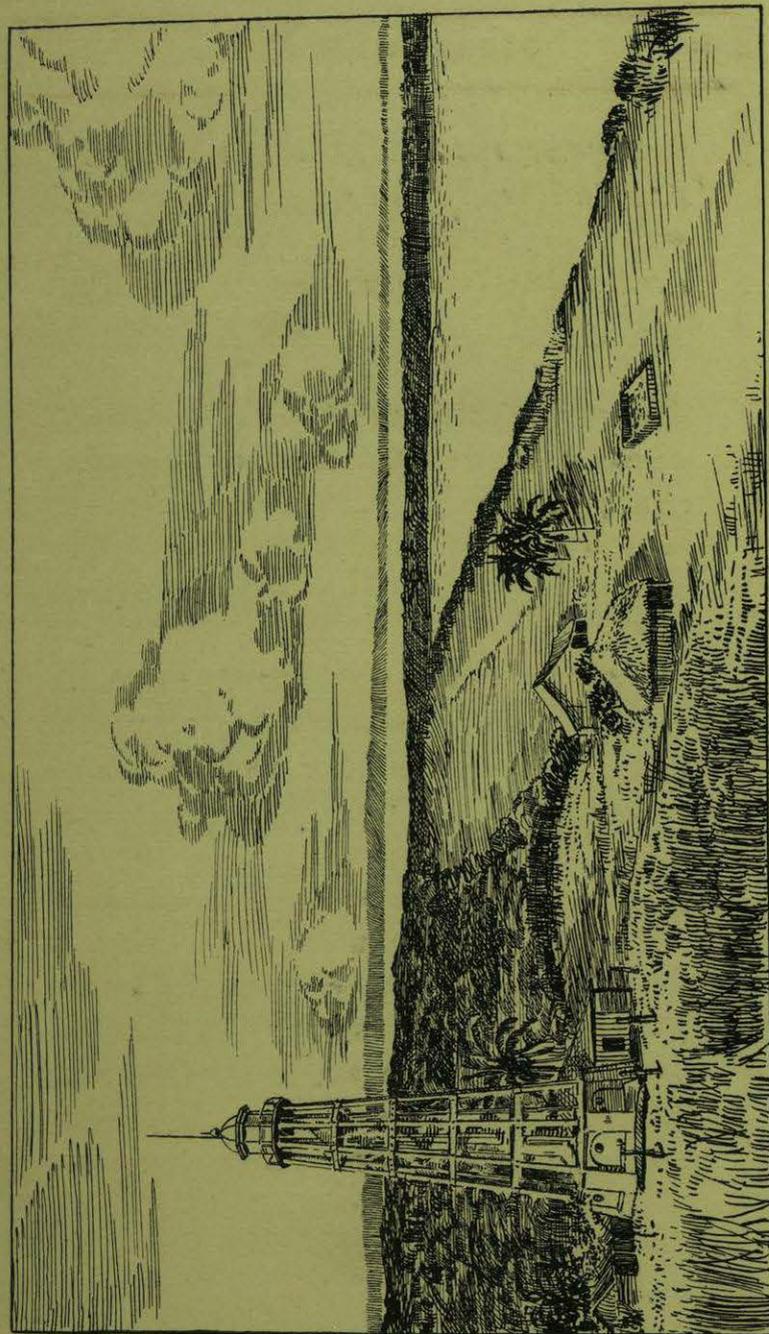
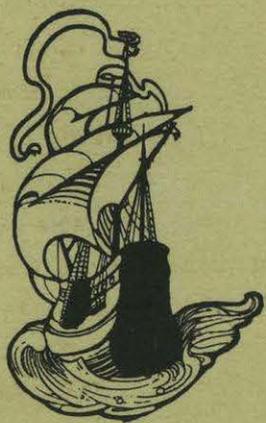
Y, esto sí:

Constantemente, sin violencias ni desmayos, siempre el mismo en su medida trepidante, el estruendo—no excesivo, no molesto, y que pronto se os hace arrullador—el estruendo, los mugidos de la máquina incansable:

Leviatano nunca ahíto de ingerir y transformar las energías de que vive y que produce, expeliendo de su cuerpo sudoroso y jadeante—de sus músculos de acero—sobre el mar, por ambas bandas, agua hirviente, escorias negras; y hacia el cielo, apacible y estrellado, bocanadas de humo denso, que, cual *pino* vesubiano, va dejando en la gran calma del espacio sus columnas suspendidas entre el campo cintilante de la altura, y las aguas que creéis también dormidas, en el sueño de la tregua que en su furia habitual se han concedido—propicios al navegante y propicios á nosotros—la corriente ecuatorial, el *Gulf Stream* y los vientos tormentosos favoritos de este mar...



Y solos en nuestro banco, en la toldilla de popa, meditativos y mudos, gozando la somnolencia de ese estado favorable—sino es que necesario—para que funcionen libres de influencias exteriores las más íntimas potencias del pensar y del sentir... En tal goce indefinible de esta soberana paz cuyo manto nos envuelve y nos protege, es cuando mejor—á solas con el alma rebotante de entusiasmos, pletóricos el cerebro y el espíritu de amor santo por España cuya esencia nos anima, de sincero amor á Méjico cuyo afecto nos da alientos—allí, á solas con el mar y con los cielos, es donde mejor podemos impetrar de la grandeza de esas dos inmensidades, la asistencia guiadora de un Númen que en nuestra empresa nos acorra y de un Genio que en la lid nos dé su enseña...



DESEMBOCADURA DEL RÍO GRIJALVA